

Cuando regresaron, Paulina estaba poniendo la mesa, por ocuparse en algo, y su tío, con un periódico abandonado sobre las rodillas, contemplaba á Minucha.

—¿Y qué? ¡pues á casarse!— dijo Lázaro, disimulando su emoción bajo una alegría ruidosa.

Paulina, que se quedó estupefacta, con un plato en las manos, muy encendida, no tuvo aliento para responder.

—¿Pero quién se casa?— preguntó el tío, como despertándose con sobresalto.

La mujer le había prevenido en aquel mismo día, mas él estaba interesado entonces en ver cómo la gata se lamía los pelos del vientre.

Sin embargo, acordóse al punto, y exclamó:

—¡Ah, sí, sí!

Y miró á los dos jóvenes con socarronería, aunque torciendo la boca por un latido doloroso que sentía en el pie izquierdo.

Paulina, que había dejado el plato en la mesa, respondió dulcemente á Lázaro:

—Si tú quieres, yo también quiero.

—Pues asunto concluído— dijo la señora Chanteau, que colgaba en aquel momento su sombrero de paja.—¡Abrazaos!

La muchacha avanzó la primera con los brazos abiertos, y él, sin cesar de reír, la estrechó en los suyos, y la dijo chanceándose:

—¿Y no jugarás más á las muñecas? ¿Y es el pobre Lázaro la persona que eliges para víctima? ¡He ahí por qué te has hecho tan recatada, que no se te puede ver, cuando te lavas, ni la punta de los dedos!

—¡Oh, tía mia! mandadle callar, porque si no, me marchó.....—murmuró ella confusa.

Más poco á poco él la atraía, jugando, como en los buenos tiempos de su compañerismo de colegiales, y bruscamente ella le plantó un ruidoso beso en la mejilla, que él la devolvió al azar en una oreja; y luego añadió con voz triste:

—¡Mal negocio haces, mi querida niña! ¡Si supieses qué viejo soy..... en el fondo del alma! En fin, puesto que lo quieres así.....

La comida estuvo muy animada: todos hablaban á la vez, formando proyectos para el porvenir, como si nunca hasta entonces se hubieran reunido; Verónica, que había entrado hacia la mitad de la escena, dejaba entornada la puerta de la cocina, y no decía una palabra; á los postres se empezó á tratar de asuntos serios, manifestando la madre que las bo-

das no se celebrarían antes de dos años, porque ella deseaba esperar á la mayor edad de la muchacha para que nadie la acusara de haber ejercido presión, ayudándola su hijo, en el ánimo de una niña.

Ésta se incomodó al oír una fecha tan lejana, y á la vez, conmovida por aquel rasgo de honradez de su tía, levantóse para abrazarla, resolviéndose en último término que los jóvenes aguardarían, sin perjuicio de ganar, aguardando, los primeros escudos de sus futuros millones.

Así la cuestión financiera empezó á ser tratada con entusiasmo.

—Toma del cajoncito, querida tía—dijo Paulina, —todo lo que quieras..... porque tanto es mío, como de él.....

—¡No, no!—gritó la señora Chanteau.—¡Ni siquiera saldrá de allí un céntimo innecesario! Ya sabes que puedes tener confianza en mí..... ¡Antes me dejaría cortar las manos!..... Pero vosotros, según creo, tenéis necesidad de emplear en la fábrica unos diez mil francos..... Pues bién: os doy esos diez mil francos, y cierro con dos vueltas de llave. ¡Ese dinero es sagrado!

—Con esos diez mil francos—añadió Lázaro—estoy seguro del éxito, ¿no es verdad?..... Los gastos

más importantes están hechos, y sería un crimen desalentarse ahora. ¡Ya veréis, ya veréis! Y tú, querida mía, cuenta para el día de nuestra boda con rico traje de oro, como el de una reina.

La alegría aumentó con la llegada del doctor Cazenove, que venía de asistir á un pescador el cual se hubo aplastado los dedos bajo la quilla de un barquichuelo; y aunque la noticia del concertado casamiento no le sorprendió, extrañóse de ver cómo los Chanteau se entusiasmaban con la futura explotación de algas, y mirando á Paulina con cierta inquietud, murmuró:

—Sin duda esa idea es ingeniosa, y bien merece un experimento; pero más sólido es tener buena renta..... Yo, en vuestro lugar, procuraría ser feliz con lo que tuviera, metido en el rinconcito de mi hogar.....

Y se interrumpió al ver que una nube sombría apagaba el brillo de los ojos de Paulina, añadiendo en seguida, contra su opinión íntima:

—¡Oh! ¡el dinero llama al dinero! Ganad mucho, mucho..... y ya sabéis, yo me comprometo á bailar en vuestra boda, sí, bailaré el *zabuco* de las Caribes, una danza que no conocéis, ¿verdad?.... Pues oid: con las dos manos se juega al molino de viento, y

se dan dos palmadas en los muslos, saltando alrededor del prisionero, hasta que esté bien asado y las mujeres le hagan pedazos.....

Los meses pasaban lentamente.

Paulina aparecía con su tranquilidad sonriente, y sólo alguna incertidumbre pesaba sobre su espíritu: la declaración de su amor, la fecha fijada para el casamiento, parecían haber calmado las excitaciones de su carne, y ella aceptaba sin impaciencia la eflorescencia incesante de la vida, el lento desarrollo de su cuerpo.....

¿No era eso la ley general? ¿No era necesario crecer y desarrollarse para amar?

Sus relaciones con Lázaro no habían experimentado ningún cambio, prosiguiendo ambos su existencia de trabajos comunes, él prevenido siempre contra un arrebato de deseo, ella protegida por su misma rectitud y tranquilidad de mujer prudente y virgen.

Pero algunas veces, en medio de la gran cámara, se cogían de las manos y sonreían con ternura: ya hojeaban un tratado de Psicología, y sus dos cabezales se rozaban; ya examinaban un frasco de bromo, ó una muestra violácea de yodo, y se apoyaban suavemente uno en otro, ó bien ella se inclinaba

hacia él por encima de los instrumentos que llenaban la mesa y el piano, ó le llamaba para que la ayudase á subir hasta la última tabla del armario-librería.

No había, sin embargo, en tales contactos de cada momento sino la caricia permitida, la que se puede cambiar á la vista de los padres, una buena amistad enardecida con cierto destello de sensual alegría, entre primo y prima que debían casarse andando el tiempo.

Todo un año pasaron de aquel modo: la fábrica funcionaba ya, y después de una reinstalación difícil de los aparatos, los primeros resultados parecieron excelentes, aunque sus rendimientos positivos fueran medianos; pero perfeccionando el método, redoblando celo y actividad, se podría obtener una producción enorme, según afirmaba Bouffigny.

Y desde entonces la esperanza les cegaba; desecharon las advertencias de la ruina; aquella fábrica debía ser un abismo sin fondo en el cual arrojaban el dinero á puñados, convencidos de que luego le encontrarían allí mismo transformado en lingotes de oro.

Cada nuevo sacrificio les enardecía, y la señora

Chanteau no sacaba una suma del cajoncito del *secrétaire* sin advertir de ello á Paulina, de este modo:

—Oye, niña: el sábado hay que hacer algunos pagos, y hacen falta tres mil francos.... ¿Quieres subir conmigo para sacar el título que se ha de vender?

—¿Pero no puedes sacarlo tú sola, tía?—contestaba la muchacha.

—¡No, no! Ya sabes que nada quiero hacer sin tí. ¡Ese dinero es tuyo!

Mas pronto la señora Chanteau se cansó de tanta rigidez: Lázaro la confesó una noche que había ocultado á Paulina una deuda de cinco mil francos, importe de tubería de cobre que ni siquiera se utilizaba; y como la madre acababa de visitar el cajoncito en compañía de la sobrina, volvió otra vez á él, pero sola, y tomó los cinco mil francos, prometiendo Lázaro reintegrarlos con las primeras ganancias.

La brecha estaba abierta, y en ella metió el brazo hasta el codo.... ¿Por qué había de tener, á su edad, una sujeción depresiva al capricho de la joven? ¿No se proponía devolver aquel dinero que sacaba, perteneciendo á su sobrina?

Claro es que desde entonces, comenzado el vacío en la caja, la señora Chanteau no exigió que la acompañase su sobrina, y ésta experimentó grande alivio, porque aquellas visitas al *secrétaire* le causaban pena, no obstante su buen corazón.

Mas al principio se extrañó del silencio de la señora Chanteau, y comprendiendo que el dinero se gastaba sin que contasen con ella, prefirió esto mismo al desagrado de ver en cada visita que el legajo de los títulos disminuía muy de prisa: en lo sucesivo hubo un cambio rápido de miradas entre tía y sobrina, cuando ésta adivinaba una nueva extracción de dinero, y aquella, vacilando, se veía obligada á volver la cabeza.... ¡Era un fermento de rencor lo que en su espíritu germinaba!

Desgraciadamente, en aquel mismo año Davoine se declaró en quiebra, y aunque este desastre había sido previsto, los Chanteau recibieron con él un golpe terrible: quedaban reducidos á sus tres mil francos de renta, y lo único que pudieron sacar de la ruina, unos doce mil francos, fué al punto colocado en renta, y entre todo reunieron trescientos francos por mes.

Y la señora Chanteau empezó á tomar, desde la segunda quincena, cincuenta francos del dinero de

Paulina, porque el carnicero de Verdemont presentó su cuenta y no se podía eludir el pago; luego, cien francos más, para comprar una máquina de hacer lejía en casa; más tarde, hasta diez francos para patatas y cincuenta sueldos para pescado.....

Hacia el fin del mes se la veía desaparecer de la sala con discreto paso, y volver poco después con la mano en el bolsillo, de donde ella sacaba los sueldos, uno por uno, para pagar las facturas.

Aquel cajoncito venerable que había dado á la casa un aspecto de alegría y bienestar, era como una caja envenenada de la cual salían ahora todas las pestilencias, la desgracia.

Una noche Paulina volvió del patio de la casa gritando:

—¡El panadero! Se le deben tres días..... dos francos y ochenta y cinco céntimos.....

La señora Chanteau se registró los bolsillos.

—¡Es menester que yo suba!—murmuró.

—¡Aguarde!—exclamó con aturdimiento la joven.—Subiré yo. ¿Dónde está el dinero?

—¡No, no!..... porque no lo hallarás..... Está en una parte secreta.....

Baluceó la tía, y las dos cambiaron la terrible mirada que les hacía palidecer.

Hubo un momento de vacilación penosa, y en seguida la señora Chanteau subió, rígida, fría, con la saña mal reprimida, con la sensación precisa de que su pupila sabía de dónde ella iba á sacar los dos francos y ochenta y cinco céntimos..... y cuando bajó y pagó al panadero, estalló su cólera contra la muchacha.

—¿Qué es eso? ¿de dónde vienes? ¿te parece que tu traje está decente? ¡Cualquiera diría que has estado sacando agua para regar el huerto! Deja á Verónica que cumpla su obligación..... ¿Ó es que te manchas á propósito el vestido aparentando que no sabes lo que cuesta?..... Pues tu pensión no es tan grande, me parece, para que llegue á fin de mes.....

Paulina, que había intentado disculparse, ni siquiera dijo una palabra, aunque tenía el corazón hinchado de sollozos; su tía no la amaba ya, ¡ella lo comprendía! y cuando se quedó sola lloró.

Al llegar el invierno, Lázaro había perdido todas sus esperanzas; otra vez su pasión por la novedad vencía, y la fábrica le repugnaba y aun le espantaba, al día siguiente de sus ilusiones más fantásticas, y ante una nueva dificultad financiera.

Su idea de explotación era estúpida, porque no se arrancarían nunca á la Naturaleza, sin perfeccionar

los métodos, lo que ella no quisiera dar; denigraba á su mismo maestro, el ilustre Herbelin, que había llevado su amabilidad hasta visitar la fábrica, hallándose algo contrariado en presencia de los aparatos, «demasiado grandes (dijo) para que funcionaran con la precisión de los aparatos de gabinete»; la verdad, en suma, consistía en que no se había encontrado el medio de mantener, con las reacciones del frío, el grado de calórico necesario en las bajas temperaturas para la cristalización de los cuerpos; y si Lázaro extraía de las algas cierta cantidad de bromuro de potasio, como no llegaba á aislar los cuatro ó cinco cuerpos que se perdían en los residuos, la explotación resultaba un desastre.

Declaróse vencido, y estaba enfermo; la noche en que la señora Chanteau y Paulina le rogaron que se tranquilizase, que intentara un esfuerzo supremo, hubo una escena dolorosa, palabras agresivas, lágrimas, cierre violento de puertas, de tal modo que Chanteau, asustado, saltaba en su ancho sitio.

—¡Acabaréis por matarme!—gritaba el joven, trastornado por desesperación de niño, y encerrándose en su cuarto con dos vueltas de llave.

Al día siguiente bajó á almorzar, y presentó un papel cubierto de cifras para demostrar que se ha-

bían gastado cerca de cien mil francos á cuenta de los ciento ochenta mil de Paulina. ¿Era razonable continuar? ¡Todo pasaría por aquella sima!

Su madre le dió la razón, porque le amaba hasta ser cómplice de sus faltas; pero Paulina intentó discutir ¡La cifra de cien mil francos la había aturdido!

¡Cómo! ¡aquello era más de la mitad de su fortuna! ¡Cien mil francos perdidos si su primo lo abandonaba todo sin luchar hasta el postrer instante! Pero habló inútilmente, mientras Verónica levantaba el mantel, y desesperada, para no estallar en recriminaciones, subió á su cuarto y se encerró.

—Decididamente—dijo la madre después de largo rato de silencio—esta muchacha es avara, y yo no tengo maldita la gana de que Lázaro se mate á disgustos y á desengaños....

El padre se aventuró á decir tímidamente:

—¡Cien mil francos! Nada se me había dicho de tal suma.... ¡Dios mío, eso es terrible!

—¿Y qué? ¡Vaya! ¿Cien mil francos?—interrumpióle ella con voz seca y breve.—Se le devolverán.... Si nuestro hijo se casa con ella, ya sabrá él cómo ganar esos cien mil francos.

En el acto se comenzó á liquidar el negocio: Boutigny era el que había aterrado á Lázaro, presentándole un balance desastroso, que arrojaba veinte mil francos de *déficit*, y cuando vió á su asociado dispuesto á retirarse del negocio, declaróle en primer lugar que marchaba á Argelia, donde hallaría una colocación soberbia, y luego le indicó que tomaría la fábrica por su cuenta; mas aparentando tanta repugnancia y complicando las cuentas de tal manera, que acabó por declarar que el terreno, las construcciones y los aparatos no valían los veinte mil francos de deuda, y Lázaro debió considerar como un triunfo sacarle cinco mil francos en billetes, pagaderos de tres en tres meses.

Al día siguiente Boutigny revendía el cobre de los aparatos y habilitaba el edificio para la fabricación en grande escala de sodio del comercio, sin ningún invento científico, sino por los rutinarios métodos conocidos.

Y cuando Lázaro llevó los cinco mil francos en billetes, la señora Chanteau triunfaba, y exigió que Paulina subiese á meterlos en el cajoncito del *secrétaire*.

—Son cinco mil francos recobrados, hija mía, y debes guardarlos porque te pertenecen—dijo la se-

ñora Chanteau.—Mi hijo ni siquiera anhela guardar uno en pago de todos sus trabajos.

Pero hacía algún tiempo que Chanteau se removía en su sillón de gotoso, y aunque no se atreviese á negar su firma, le llenaba de temores la manera con que su mujer administraba la fortuna de su pupila.

¡Siempre resonaba en sus oídos la cifra cien mil francos! ¿Cómo cegar semejante agujero el día en que hubiera de rendir cuentas?

Y lo peor era que Saccard, el co-tutor de Paulina, que hacía tanto ruido en París con sus especulaciones, habíase acordado de la muchacha después de un olvido de ocho años; escribía pidiendo noticias, y anunciando que el día en que menos lo pensasen caería en Bonneville, al ir á Cherburgo para un negocio importante. ¿Qué responderle si, como estaba en su derecho, exigía un estado preciso de la situación?

Cuando Chanteau habló de este asunto con su mujer, encontróla más llena de curiosidad que de inquietud; por un instante pensó, olfateando la verdad, que aquel co-tutor, no obstante el ruido que hacían sus millones, estaba sin un céntimo y anhelaba que le entregaran el dinero de Paulina para

centuplicarlo; mas luego se preguntó si no habría sido la misma muchacha quien, con ideas de venganza, hubiera escrito á Saccard..... Y como esta suposición sublevaba á su marido, ella imaginó una historia complicada: que la querida de Boutigny escribía anónimos contra ellos, porque no querían recibirla en su casa, y que los ponía por los suelos con sus chismes en todas las tiendas de Verdemont y de Arromanches.

—¡Pero yo me burlo de todo eso!—decía después, observando la turbación del pobre hombre.—La chica sólo tiene diez y ocho años, es verdad; mas casándola inmediatamente con Lázaro, el matrimonio la emancipa legalmente.

—¿Estás segura?—preguntó su marido.

—¡Ya lo creo! ¡Como que lo he leído en el Código esta mañana!

Efectivamente, la señora Chanteau solía leer el Código, y sus últimos escrúpulos se acababan allí.

Pero no se decidía á concluir el casamiento, aunque Paulina, después del desastre del dinero, había querido apresurar el asunto. ¿Por qué esperar todavía seis meses á que cumpliera los diez y ocho años? Valía más casarse en seguida, sin querer que Lázaro encontrase antes una posición.

Atrevióse á hablar de ello á su tía, quien, aparentando cierta confusión, inventó una mentira, cerrando la puerta y bajando la voz, para confiarla un secreto escrúpulo de su hijo: era él muy delicado, y sufría mucho pensando en casarse antes de aportar al matrimonio una fortuna, por lo mismo que había comprometido la otra.

La muchacha la escuchó llena de asombro, no comprendiendo una palabra de aquel refinamiento romanesco: ¿no se habría casado ella, puesto que le amaba, aunque él hubiera sido muy rico? Y por otra parte, ¿cuánto tiempo debían esperar todavía? ¿Siempre quizá?

¡Ah, no! La señora Chanteau se encargaría de vencer aquel puntillo de honra, si se la dejaba: en resumen, ella hizo jurar á Paulina que guardara silencio, porque temía una trastada, una fuga repentina de su hijo el día en que él adivinase que aquel asunto era objeto de discusión; y Paulina, presa de la inquietud más viva, tuvo que resolverse á tener paciencia y á callar.

Pero cuando el temor á la llegada de Saccard acometía á Chanteau, éste decía á su mujer:

—Para qué todo se arregle bien, casa cuanto antes á esos chicos.

—No hay prisa—respondía ella—porque el peligro no está en puerta.

—¿Pero no les has de casar algún día?..... Porque supongo que no habrás cambiado de ideas. ¡Morirían!

—¡Oh! ¡Morirían!... Pero si una cosa no está hecha, se puede no hacerla si llega á ser mala ó no conveniente..... Y además, ¿qué? Ellos son libres... y veremos si eso les agrada ahora tanto como antes....

Paulina y Lázaro habían vuelto á empezar su antigua vida común, bloqueados en casa por la crudeza del invierno; los primeros días ella le vió tan triste, tan avergonzado de sí mismo, que le cuidó como á un enfermo, con delicadas complacencias, aun con piedad por aquel *niño grande* cuya voluntad limitada y valor sencillamente nervioso explicaban sus fracasos.

Al principio él se enojaba, hacía proyectos insensatos de fortuna inmediata, ruborizábase hasta por el pan que comía, no queriendo ser ni por un momento más una carga para su familia.

Después, andando los días, dejaba para más adelante la realización de sus ideas, y se contentaba con variar de plan cada mañana, aquel plan que

debía conducirle en cuatro saltos á la cumbre de los honores y las riquezas.

Y ella, aturdida por las falsas confianzas de su tía, le inerepaba. ¿Quién le pedía que se quebrara de ese modo la cabeza? Hacia la primavera buscaría un empleo y le encontraría, y hasta entonces era necesario que guardase reposo.

Desde el primer mes cayó el hombre en una ociosidad estéril, en una resignación acomodaticia á lo que él llamaba estupideces de la existencia, y sin embargo, Paulina adivinaba en Lázaro una turbación desconocida, íntima, que la enojaba.

Y era que, en la paz del invierno, en el fondo de aquel agujero perdido de Bonneville, él sentía como un despertar de sus antiguas relaciones de París, de sus lecturas, de sus debates con los condiscípulos.

El pesimismo había pasado por él; pero un pesimismo mal digerido, del cual no quedaban sino los arrebatos de genio, la gran poesía negra de Schopenhauer.

La muchacha comprendía que su primo guardaba la saña de la derrota, el desastre de la fábrica que parecía haber crujido sobre sus cimientos, y protestaba ardientemente al oírle renovar su vieja tesis, la negación del progreso, la inutilidad final de la ciencia.

¿Pues no veía ella que el bruto Boutigny estaba en víspera de hacer una fortuna con su sodio de comercio? Entonces, ¿por qué haberse arruinado por mejorar el procedimiento rutinario, por aplicar leyes nuevas, si el empirismo triunfaba?

Y partiendo de estos hechos, deducía, sonriendo malévolamente, que la ciencia tendría solamente utilidad cierta si viese alguna vez el medio de hacer saltar al universo por medio de algún cartucho colosal de dinamita....

Cuando Paulina le oía anunciar el suicidio de los pueblos el día en que su inteligencia desarrollada les convenciese de la cruel farsa que una fuerza desconocida les hacía representar en el mundo, enfurecíase, buscaba argumentos en contra, quedaba vencida por ignorar tales cuestiones, «por no tener bastante metafísica en la cabeza», según él la decía.

Mas ella rehusaba declararse en derrota, y enviaba francamente al diablo á aquel Shopenhauer, un hombre que decía infamias de las mujeres! ¡Ah! ¡Le habría estrangulado, á ser posible, si no hubiese tenido corazón para compadecer á las bestias!

— ¡Calla, calla!— concluía ella con sonora risa, triunfante, animada por el vigoroso empuje de su

pubertad.— ¡No digas esas tonterías! ¡Ya pensaremos en morir cuando seamos viejos!

Y la idea de la muerte que la chica manoseaba con tan poca aprensión, le causaba á él seriedad, le extraviaba la mirada, le daba aspecto de molestia invencible; y eludía la conversaci6n después de murmurar:

— ¡También se muere á tu edad!

Paulina acabó por creer que Lázaro tenía un miedo horrible á la muerte: acordábase de los gritos de terror que lanzó una noche mirando á las estrellas, veíale palidecer al oír ciertas palabras, y callarse como si hubiese tenido que ocultar un mal vergonzoso; y para ella era una gran sorpresa aquel espanto por la nada en un pesimista rabioso que hablaba de apagar los astros como si fuesen cerillas de Cascante, y de degollar á todos los seres del universo....

El mal tenía antigua fecha, y ella ni siquiera sospechaba los estragos que había hecho: Lázaro vivió siempre con la amenaza constante de la muerte; hasta que contó con veinte años, apenas le rozaba el hálito frío de la noche, caía enfermo en cama, y aun entonces apenas lograba reclinar su cabeza en la almohada sin que la idea del no ser le dejase helado de espanto.